

Del exilio mexicano entre dos siglos

HÉCTOR PEREA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

RESUMEN. Envuelto en las sutilezas del exilio diplomático es como llegó Riva Palacio a España en 1886. Así entraría Alfonso Reyes a Francia, y con pasaporte diplomático saldría Martín Luis Guzmán de México en su segundo exilio. Ese mismo año el futuro autor de *Los bandidos de Río Frío*, Manuel Payno, llegaba también a la Península como cónsul de México en Santander. En ésa y en otra ciudad cercana, San Sebastián, se daría abrigo durante la Revolución a mexicanos huertistas como Salvador Díaz Mirón, Rodolfo Reyes o Manuel Mondragón. Bajo la misma impronta de la diplomacia disfrazada, Porfirio Díaz había exiliado al exgobernador de Puebla Ignacio Romero Vargas a Alemania y a Juan Sánchez Azcona padre a Italia.¹

A Riva Palacio le tocó testificar la muerte de Alfonso XII, como a Rodolfo y a Alfonso Reyes la amistad de Alfonso XIII y a Martín Luis Guzmán la abdicación de este último. Alfonso XIII, por cierto, regalaría a Bernardo Reyes, durante el exilio velado del general en Europa (entre 1909 y 1911), la chaqueta que llevaba puesta cuando murió frente a Palacio Nacional en 1913 (R. Reyes 28).² Riva Palacio, quien, como más adelante el general Reyes, en algún momento se había vuelto para el

¹ El hijo de este segundo, periodista afecto a Madero y luego a Carranza, padecería también distintos exilios y sería diplomático en España.

² Martín Luis Guzmán describiría así la figura del general cuando éste fue excarcelado de Tlatelolco por las fuerzas sublevadas: "Bernardo Reyes [...] ya esperaba vestido —traje negro *sport*, botas militares, pequeño sombrero de fieltro gris, capote de general español—" (Guzmán 873).

dictador un franco opositor a la presidencia,³ era ya, a través de su escritura, una conciencia demasiado crítica al régimen. Otra sutileza política se ocultaba tras el nombramiento, ya que el director de *México a través de los siglos* —obra que comenzaba a publicarse por entonces en Barcelona— sustituía en el cargo de ministro plenipotenciario de México en España y Portugal al general Ramón Corona, iniciador de las relaciones diplomáticas modernas entre México y España, enviado por Sebastián Lerdo de Tejada, el sucesor de Benito Juárez, por entonces transterrado en Nueva York (Muriá 30). Corona había sido pieza fundamental en la publicación de uno de los libros más representativos del incipiente exilio mexicano en la Península, *Recuerdos de un emigrado* (1882), de Salvador Quevedo y Zubieta, y Riva Palacio había seguido puntualmente las vicisitudes juaristas de Corona —como las propias— en *México a través de los siglos*, gracias a escritos de José María Vigil, otro autoexiliado juarista en los Estados Unidos. También fue Corona quien presentó a Juan de Dios Peza con uno de los poetas-militares españoles más admirados por el poeta, Antonio Ros de Olano, quien tenía en su carácter y biografía más de un punto de contacto con el general Riva Palacio y murió el mismo año en que éste llegó a España (Peza 331).

Por otra parte, en la Legación que presidía el ministro Corona se encontraba como primer secretario un médico y escritor mexicano que alcanzaría enorme prestigio en España y Francia: Juan Bautista Híjar y Haro.⁴ Híjar era de Jalisco, como Corona, Quevedo y Zubieta y José María Vigil, y con este último escribió el libro *Ensayo histórico del ejército de occidente* (1874). La comunión de orígenes, profesiones e inclinaciones político-literarias que giraba alrededor de la Legación parecía concentrarse en él.

³ Para el “destape” político de Bernardo Reyes, ver “IOB”.

⁴ ¿Habría sido descendiente de éste el coronel Reynaldo A. Híjar, enviado como agregado militar a la Embajada de Madrid en 1937 y que en algún momento tuvo que ver, en México y en España, con los cadetes mexicanos que lucharon en la guerra civil? (Vega González 25, 63 ss).

Aparte de su cercanía con España, a la que ya conocía Riva Palacio se había aproximado a Portugal a través del poeta Antero de Quental, vivo aún, y de su introductor en México, Emilio Pío Oliveira de Souza (Icaza 23). Este hecho anecdótico, al que se suma que justo el año de llegada de Riva Palacio aparecieran publicados los *Sonetos completos* del portugués, se vio apoyado por el recibimiento que la prensa lisboeta dio al nuevo ministro (Díaz y de Ovando ix). Riva Palacio, por el prestigio ganado en México como militar, periodista y escritor, se había convertido en un peligroso obstáculo a los intereses dictatoriales de Porfirio Díaz. Llegaba con la fama de ser, entre otras muchas cosas, constructor de “caminos de hierro”, según asentaba el periódico *La Ilustración Española y Americana* (Díaz y Ovando ix), diario en el que quedaría reflejada mucha de la actividad desarrollada por el mexicano en la Península y donde, años antes, se había señalado sus aciertos en México. Y era justamente la vinculación con el régimen a través de esta expresión, que parecía encauzarlo más bien hacia los senderos económicos de México la que aportó un cierto toque paradójico al nombramiento del general, ya que con éste se continuaba, en pleno declinar del siglo XIX (1886), esa nueva y elegante forma del exilio político iniciada con Romero Vargas y Sánchez Azcona y seguida por otros a lo largo del XX. Algunos de estos expulsados, no hace falta subrayarlo demasiado, fueron mucho más valiosos para el país desde el exilio —y aquí viene el recuerdo de Clavijero— que los “exiliadores”.

Cabe señalar que en ese 1886, año de nacimiento en Guajuato de Diego Rivera, Francisco Giner de los Ríos, otra de las piezas clave en la relación hispanomexicana, fue apresado por oponerse a las denigrantes cortapisas a la libertad de cátedra impuestas por la monarquía recién restaurada. Durante su encarcelamiento en el castillo de Santa Catalina nació la idea de crear la Institución Libre de Enseñanza, que encontraría después en México un amplio reflejo con la llegada del exilio español republicano, pero cuyos postulados repercutieron también en algunos mexicanos, cómo el general, mucho tiempo antes y desde dentro de la propia España.

Vicente Riva Palacio había estudiado en el mismo Colegio jesuita de San Gregorio, en la Ciudad de México, donde Clavijero enseñó letras humanas y filosofía. Se recibió como abogado en 1854, año en que volvería al país otro jesuita, nacido en Logroño aunque formado en el noviciado de San Ildefonso de México, que entró como padre espiritual a San Gregorio: Ignacio Lerdo de Tejada. Lerdo de Tejada había publicado en Madrid en 1834, con carácter de transterrado, su libro *Relación del tumulto irreligioso* acaecido en Madrid en los días 17 y 18 de julio de 1834; y en México, tres años antes de salir, *Exposición del Dr. Lerdo contra las observaciones del Pensador Mexicano* (1826).

El general Riva Palacio, nieto de Vicente Guerrero, insinuaba a través del nombre y el apellido materno el acento revolucionario tan del gusto del padre Servando. Y, en clara paradoja o ironía, la reconfirmación de nuestra independencia como nación aparecía encarnada ahora en este nuevo representante, que había combatido a reaccionarios e intervencionistas y al que se nombraba tanto guerrillero como bandido en la prensa mexicana de entonces, igual que había sucedido en Mina. Riva Palacio utilizó varios seudónimos: “Cero”, “El General”, “Leporelo”. Como poeta se ocultó tras el de “Rosa Espino”. En su despacho de Madrid colgaría orgulloso un diploma que lleva su caso nuevamente al extremo la paradoja, pues, dirigido a “Rosa Espino”, el documento estaba firmado por Ignacio Ramírez, “El Nigromante”. En el reconocimiento se hacía constar además que la autora era socia honoraria del Liceo Hidalgo, sitio donde Riva Palacio conoció y entabló amistad con Icaza.⁵

Creador de la novela de ambientación colonial, el general buscaría en España, entre otras cosas, limar asperezas dejadas por los acontecimientos que concluyeron con la muerte de Maximiliano de Habsburgo y que estaban aún vivos en el pensamiento europeo (Díaz y Ovando x).

⁵ En este hecho influyó también, seguramente, la reseña que el poeta había hecho en su adolescencia precoz de *México a través de los siglos*.

Existía un antecedente familiar en favor de la elección del general como representante de México en España: el emperador había sido defendido en México por un abogado que, siendo su opositor político, buscó no obstante el indulto para Maximiliano: Mariano Riva Palacio, padre del ministro. En cuanto se prestó la ocasión, sin embargo, el autor de *Los cerros* y “Mamá Carlota” dejó en claro su postura. En un momento de relajamiento diplomático, cuando el novelista Pedro Antonio de Alarcón insinuó a Riva Palacio que en México habían quitado a un emperador para ahora rendirle cuentas a un monarca, respondió sin medias tintas, dentro de la postura de intelectual independiente que lo caracterizaba: “Maximiliano no era más que una figura de Viena, alquilada como protagonista de un drama; don Porfirio es un roble de Oaxaca, de alma mexicana” (Serrano 57). También existía el antecedente de que en algún momento Maximiliano intentó matizar la postura política del general ofreciéndole un “discreto viaje a Europa, que sin parecer deserción, lo hiciera opulento y lo alejara de México” (Serrano 11). A esta primera sugerencia de cómodo autoexilio, expresada en medio de un clima de total descontento social, Riva Palacio había respondido tomando las armas. Poco tiempo después a él le tocaría escoltar al destronado Maximiliano, junto con otros imperialistas, al convento de Santa Cruz. Fue tal la deferencia que tuvo Riva Palacio con los prisioneros —otra muestra, a fin de cuentas, de la generosidad que lo había llevado a indultar a invasores franceses apresados—, que Maximiliano se despidió del general con un abrazo y le regaló su caballo.

El primer viaje de Riva Palacio a España, dieciséis años atrás, había estado presidido por la publicación de la obra que escribió con Manuel Payno, el *Libro rojo*. Hogueras, horcas, patíbulos, suicidios y sucesos singulares y extraños acaecidos en México durante las guerras civiles y extranjeras, muestra típica de su temperamento romántico. Riva Palacio, como ya se indicó, había creado en México una corriente que en España practicaría después Artemio Valle Arizpe: la novela colonialista. En este segundo viaje, el general pudo departir desde su llega-

da con los intelectuales de mayor prestigio y de las más variadas inclinaciones ideológicas, tales como Ramón de Campoamor, Octavio Picón, Armando Palacios Valdés. Se recuerda la anécdota de un paseo silencioso por el campo —de esos que significaban la confirmación de la amistad para los austeros institucionistas— de Riva Palacio con Menéndez Pelayo, Pérez Galdós y Pereda. Con quienes nunca procuró ningún acercamiento fue con José Zorrilla y Emilia Pardo Bazán; esta última parece haber tenido siempre malas relaciones con los mexicanos —como con muchos españoles—, especialmente con Icaza y Urbina.

Riva Palacio se vinculó también con los políticos de más peso. Recién llegado, y gracias a su primera y velada intervención como diplomático ante Práxedes Sagasta, presidente del Consejo de Ministros del gobierno liberal, el mexicano logró el indulto del general Villacampa, principal instigador en la conspiración republicana del 19 de septiembre de 1886 que, la cual, en buena medida, Esteban Azaña, padre de Manuel, había ayudado a conjurar (Peña González 16). A partir de entonces, el ministro mexicano entabló una sólida amistad con Sagasta. La relación entre ambos, que podía haberse limitado a la narración engolada de las respectivas hazañas bélicas, se consolidó más bien dentro de la tertulia que se desarrollaba en la biblioteca del presidente, en su casa de la Carrera de San Jerónimo —zona donde se ubicaría buena parte de las tertulias artísticas, políticas y literarias del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Riva Palacio pudo departir allí con los ministros Jovellar, Alonso Martínez, Beránger y Montero Ríos. Camacho, el responsable de Hacienda, había bautizado al lugar como “el recinto del pecado” (Serrano 45 ss). Cuando ocurrió la nueva crisis ministerial que haría renunciar al gobierno a los mencionados contertulios, Sagasta informó al mexicano que, entre los nuevos nombramientos, figuraba un connacional suyo —y, más concretamente, de Del Paso y Troncoso y Clavijero—: el Conde de Bilbao, Ignacio María del Castillo, español nacido en Veracruz, que se encargaría de la cartera de Guerra. De hecho, Sagasta había tenido ya dentro de su gabinete a otro ministro

veracruzano, ~~el~~ de Marina, nacido en San Andrés Tuxtla: el almirante Juan Bautista Topete y Carballo.

Vicente Riva Palacio, como Reyes más adelante, y en una actitud distinta de la de Guzmán, observó atento el desenvolvimiento de la política española y sólo participó en ella de manera muy sutil. Era un convencido republicano, que había luchado contra el imperio y ahora se encontraba dentro de un país monárquico. Además de la intervención para que Villacampa fuera liberado, apenas se recuerda, como un acto público, la firma del mexicano sobre una de las mesas del café Nueva Iberia en protesta por la prohibición gubernamental de representar la obra de teatro *La piedad de una reina*, de Marcos Zapata. Zapata fue colaborador, junto a los mexicanos Amado Nervo y el futuro miembro fundador del Ateneo de la Juventud, Carlos González Peña, de la revista madrileña *Gente Vieja* (1900-1904). Aunque esta pequeña acción revolucionaria fue apenas un trazo dentro de una vida de luchas con la espada y con la pluma, el general la justificaba de la siguiente manera: “mi firma iba de incógnito como diplomático y auténtica como escritor” (Serrano 47). Sin embargo, por su condición de representante, y sobre todo por el profundo interés que siempre tuvo por el sistema parlamentario, Riva Palacio, como algunos años antes Peza, atestiguó muchos debates en el Congreso de los Diputados de Madrid.⁶ Sobre sus inclinaciones en el campo de la política, escribió Pedro Serrano: “De los partidos triunfantes don Vi-

⁶ Sobre el interés que manifestaron algunos de los mexicanos por escuchar lo que en los foros políticos europeos se debatía, hay que agregar la experiencia narrada con ironía por Salvador Quevedo y Zubieta cuando, después de pasada una primera etapa de autoexilio en España, el autor de *Recuerdos de un emigrado* decidió, trasladarse a Inglaterra. Años después recordaba: “Un día se le dijo [a Quevedo y Zubieta] que la reina de Inglaterra iba a hablar en voz alta de Méjico, con motivo de las relaciones en vía de reanudarse entre ambos pueblos, asunto que sería objeto de su discurso de apertura del Parlamento. En consecuencia, fue a él y oyó leer el real mensaje, que hablaba, en efecto, de Méjico, para decidir que estaban por arreglarse las relaciones amistosas con ese país, y también con los boers; asociación casual o buscada que enfermó de *spleen* al autor de los *Recuerdos*, porque los boers, pueblos del África, son muy bravos y muy nobles, pero muy africanos” (Quevedo y Zubieta 16).

cente simpatizaba más con los liberales que con los conservadores. Como político le agradaba Sagasta, como culto le atraía Cánovas” (55).

También admiraba a Francisco Pi y Margall. Fue, sin embargo, Emilio Castelar el personaje más afín a las ideas políticas del mexicano. Aunque con él Riva Palacio prefería hablar de literatura y comer bien.

Lo que Riva Palacio procuró siempre fue sumergirse de lleno en la vida literaria del Madrid de entonces. Y, como se verá, sin eliminar un solo matiz. En la casa de Castelar, de la calle Serrano (barrio de Salamanca), muy cerca de una de las sedes que tuvo la Legación de México y de la cervecería El Águila, fundada en 1876 y que frecuentarían años después Reyes y Guzmán, el ministro se relacionó con personajes tan disímiles dentro de la cultura y la política española como el marqués de Cerralbo, Juan Valera,⁷ el marqués de Pidal, el mencionado Pedro Antonio de Alarcón o el aristocrático militar y cardenal Antonio de Alarcón o el aristocrático militar y cardenal Antonio María Cascajares y Azara. Con la misma intención de gozar de una charla ilimitada a la española, el general asistía, como tiempo antes Juan de Dios Peza, a la elegante tertulia del restaurante Lhardy, ubicado sobre la Carrera de San Jerónimo, a unos cuantos pasos de la casa de Sagasta y donde en 1924 se organizaría la despedida a Alfonso Reyes reseñada por Urbina en *El Universal* de México (Sáenz 242). Allí se reunían, entre otros, los artistas Alejandro Ferrant, Mariano Benlliure —cuya familia emigró a México durante la guerra civil— y Luis Madrazo y los escritores y periodistas José Canalejas y León Carbonero. Riva Palacio frecuentaba además el lóbrego café La Luna para hablar con el folletinista Manuel Fernández y González.⁸ Y en Fornos, el ácido epigramista mexicano funda-

⁷ Quien publicaría entre 1889 y 1890 polémicos artículos sobre la literatura y arte mexicanos y americanos en general en *La España moderna*.

⁸ Personaje, como historiador incipiente, a Icaza le parecía el más claro ejemplo del pernicioso seguidor de “presentimientos” y no de hechos y, por lo mismo, representante de “todo un sistema crítico muy en boga en la España de entonces” (Icaza 80).

dor de *El Ahuizote* y *El Pito Real* departió con periodistas de deportes, así como con los colaboradores, fundadores o dueños de publicaciones satíricas como *Juan Rana*, *El Barbero de Lavapiés* o *El Evangelio*. Recordemos que él mismo, como según parece varios años antes Carlos Díaz Dufoo padre y con seguridad Francisco A. de Icaza —quien lo había presentado en Fornos y lo llevaría a casa de los marqueses de Esquilache—⁹ colaboraron a finales del siglo XIX en *Madrid Cómico*, publicación dirigida por Sinesio Delgado, uno de los principales organizadores de la Sociedad de Autores Españoles.

A propósito del tono de esta publicación, y haciendo un paréntesis en los asuntos del general, en su crónica “La evolución de la risa” Amado Nervo refería cómo, en el primer cuarto del siglo XX, la maduración educativa del lector español lo había llevado a apreciar mucho más “el *humour* inglés, esa ironía velada y suave que inmortalizó a un Sterne, a un Thackeray, y que Wells maneja tan admirablemente [...] La ironía de un Anatole France o de un Rémy de Gourmont, se abre cada día más campo en los espíritus” (Nervo 1296). Y continuaba asegurando Nervo: “En España se lee ya más el humorismo de Jacinto Benavente o de Azorín, por ejemplo, que todas las copias de todos los Vitales del mundo: Azorín ha destronado a Aza” (Nervo 1296).

A lo largo de este comentario, Nervo mismo va desplegando el mapa de las preferencias y rechazos estilísticos del momento —que son, en gran medida, los propios—:

La generación de los Vital Aza, los Sinesio, Jackson Veyan y todos los que hicieron equilibrios en la cuerda floja del chiste, se ha ido para no volver [...] La vieja risita casera, que todo lo cifraba en la vulgar antítesis de Manuel del Palacio, o en la mediocre gimnasia de palabras de los demás poetas alegres, resulta absolutamente *démodé* (Nervo 1295).

⁹ Con quienes el poeta emparentó al poco tiempo, después de una boda celebrada en la aristocrática iglesia de San Francisco el Grande.

Con un “he aquí por qué no se pudo resucitar el *Madrid Cómico*” concluye el comentario de Nervo.

No sabemos la fecha exacta en que fue publicado este artículo, pero recordemos que la traducción del *Viaje sentimental* de Sterne, hecha por Alfonso Reyes para la editorial Calpe, apareció en Madrid en 1919, año de la muerte de Nervo, y que desde tiempo antes el regiomontano había comenzado a trasladar al español algunas de las obras de Chesterton y a comentar las de Wells. Hay que tener presente también que fue Luis Ruiz Contreras, editor de una publicación decimonónica con presencia mexicana y el principal traductor, a su vez, de Francke quien invitó a Reyes a iniciarse como traductor en España.

De vuelta con los asuntos de tertulia de Riva Palacio, vale la pena agregar que a Fornos asistían también Joaquín Dicenta,¹⁰ a quien Riva Palacio ayudó cuando, a pesar del éxito obtenido por su drama *Juan José* (1895), se encontraba en absoluta quiebra económica (Serrano 94-95), así como Ramón del Valle-Inclán, Jacinto Benavente y Gregorio Martínez Sierra. Estos tres autores visitaron México, desde luego, donde se les admiraba. En Fornos había caído Peza y caerían tiempo después, y bajo la clara condición de exiliados, Luis G. Urbina y Francisco L. Urquiza.

Ahora bien, en otro de los cafés que frecuentaba, el Nueva Iberia, Riva Palacio conoció a los socios del *Bilis Club*: Clarín, Pedro de Novo, Leopoldo Cano, Emilio Sánchez Pastor, José Sánchez Guerra, futuro presidente del Consejo de Ministros. Con algunos compartió la pasión por fundar diarios, hacer periodismo y literatura y por un espacio de expresión intercontinental, *La Ilustración Española y Americana*, de la calle de Carretas. Con otros, el gusto por los seudónimos o por la ironía. Y con un par de ellos en particular, el de la política.

Riva Palacio fue también visitante asiduo del Casino de Madrid y frecuentó, entre otros —hecho facilitado desde luego por su condición de diplomático—, los salones de los ducados

¹⁰ Cuyo hijo escribió más adelante en *Cervantes*, y con el seudónimo de “Americus”, compartiendo con De Torre, sobre autores mexicanos

de Alba y de Nájera, donde se llevaban a cabo tertulias artísticas. Fue asimismo amigo del último ministro de Gobernación de la monarquía, el duque de Almodóvar del Valle, Martín Rosales y Martell.¹¹

Vicente Riva Palacio conoció a muchos personajes españoles e hispanoamericanos de la época, entre los que se contaron no pocos académicos y diplomáticos. De entre los primeros destacaban Juan de la Pezuela, conde de Cheste, español hijo del virrey de Perú nacido en Lima, que era presidente vitalicio de la Real Academia de la Lengua; el lingüista y dramaturgo Eduardo Benot y uno de los más extraordinarios personajes del momento, el jesuita Fidel Fita y Colomer, quien llegaría a ser director de la Real Academia de Historia. Además de epigrafista especializado en la Edad Media y arqueólogo, el padre Fita hablaba diez lenguas aparte del español. Menéndez y Pelayo lo consideró como uno de los más grandes heterodoxos españoles. Dentro de esta misma Academia fueron sus amigos, además de Cánovas, que la presidía por entonces, Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo, historiador varias veces ministro y presidente del Congreso con Sagasta; el marqués Isidoro de Hoyos, diplomático, fundador de diarios y padre del novelista Antonio de Hoyos y Vinent;¹² el por breve tiempo ministro en el gobierno de Francisco Pi y Margall, José Muro, y el autor Enrique Gil Robles, padre del futuro presidente de los partidos Acción Popular y C.E.D.A. y en algún momento subdirector del periódico derechista *El Debate*, tribuna de mexicanos como Pereyra, María Enriqueta y Martín Luis Guzmán años después. Entre los diplomáticos formaron cenáculo alrededor de Riva Palacio los ministros de la Argentina, Costa Rica y Uruguay. Este último, el escritor Juan Zorrilla de San Martín, cuya obra sería motivo de comentarios de Alfonso Reyes, escribiría sobre México en *La Ilustración Española y Americana*.

¹¹ ¿Y fue el que ordenó la persecución de los sublevados de Jaca?

¹² El marqués escribió también poesía. Curiosamente, una oda cuya intitulada "A la muerte del emperador Maximiliano".

En la librería de Fernando Fe, ubicada también en la Carrera de San Jerónimo, *¿no, como después, en Alcalá, Puerta del Sol?* se reunía otro grupo de intelectuales y escritores españoles. Riva Palacio asistía allí a una tertulia con los mencionados Campoamor, Echegaray y Juan Valera. También iba el ministro de Sagasta, poeta y periodista Gaspar Nuñez de Arce. Lo más trascendente de esta tertulia fue la presencia de tres personajes que influirían en la construcción de las nuevas concepciones de la educación española: el historiador Antonio Sánchez Moguel, por muchos años consejero de Instrucción Pública y quien durante los festejos del cuarto centenario del descubrimiento de América escribió artículos sobre Sor Juana Inés de la Cruz y sobre la conquista para *La Ilustración Española y Americana*, así como su libro *España y América*, editado en Madrid en 1895. Y, sobre todo, Gumersindo Azcárate y Francisco Giner de los Ríos, piezas fundamentales en la creación de la Institución Libre de Enseñanza. Riva Palacio había llegado como diplomático a España apenas una década después de fundada la Institución (Serrano 92-93, 107) y siguió muy de cerca su desenvolvimiento a través de las enseñanzas de Nicolás Salmerón y Manuel Bartolomé Cossío. Pero, de hecho, ya desde su primer viaje a Europa en 1870, comenzó a interesarse por la filosofía krausista y parece haber conocido a Julián Sanz del Río, su introductor en España (Díaz y de Ovando xvii).

Haciendo un paréntesis, cabe destacar que entre los miembros de la Academia Mexicana correspondiente de la Academia de Historia de España que más presencia tenían en el ambiente intelectual español de entonces estaban los ya mencionados Juan Bautista Híjar y Haro, José María Vigil, el padre Francisco Plancarte y Navarrete, Francisco del Paso y Troncoso e Ignacio Montes de Oca. Plancarte y del Paso viajarían a España en 1892 para coordinar la Exposición Histórica Americana de Madrid, ampliamente reseñada en publicaciones como *La España Moderna* y *La Ilustración Española y Americana*. El segundo permaneció dos años en ese país, como director del Museo Nacional de Historia de México en misión en Europa. Sus investigaciones en los archivos españoles darían cuerpo, entre

muchos otros, a los siguientes libros: *Papeles de la Nueva España*; *Epistolario de la Nueva España*; *Los manuscritos matritenses*, de Bernardino de Sahagún (en edición facsimilar), y parte del *Códice Florentino*. El trabajo llevado a cabo por del Paso y Troncoso en España e Italia, salvado de su pérdida o destrucción por Alfonso Reyes al morir el erudito en Florencia, movió a Francisco A. de Icaza a publicar su polémico *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*.

El obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón representa un caso singular dentro del exilio mexicano en España. Con Riva Palacio lo une, de entrada, su gusto por el uso de seudónimos —el del religioso fue Ipandro Acaico—, pero también la cercanía a Maximiliano como capellán de honor del Imperio y su posterior asimilación a la República. También lo acerca al caso del general el prestigio alcanzado por sus libros en España. De Montes de Oca, a quien ya se mencionaba en *La España Moderna* antes de que se publicara su obra creativa en este país, se reeditaron por esos años en la Península sus traducciones de las *Odas de Píndaro* y de *Poetas bucólicos griegos* (ambas obras en Madrid, 1889), pero también el libro de poemas *Ocios poéticos* (Madrid, 1896). Este religioso cosmopolita, que desde su infancia estudió y vivió, fuera de México, en Inglaterra, Italia y España, resulta importante además porque su trabajo de creación literaria y de difusión de clásicos en Europa se extiende —y es donde adquiere más peso— hasta los tiempos de Reyes, Urbina y Nervo, o sea, a los de la Revolución Mexicana en el exilio. Bajo esta condición permaneció en Roma entre 1914 y 1917 y en Madrid de 1917 a 1921. Montes de Oca, como Riva Palacio, Sierra, Rebolledo y Urbina, quienes habían muerto o morirían en la capital de España, falleció lejos de su patria, en el Nueva York de José Juan Tablada, Martín Luis Guzmán y Andrés Iduarte, durante el viaje de vuelta de su destierro madrileño. Por su erudición y el amplio conocimiento de lenguas recuerda también al otro religioso amigo de Riva Palacio, el padre Fita.

En un acto simbólico, tan del gusto de los mexicanos radicados en España,¹³ Vicente Riva Palacio ayudó a construir en Medellín la estatua dedicada a Hernán Cortés en 1890. Pero además, como años después haría en España Martín Luis Guzmán, el general rindió homenaje a tres de sus personajes más admirados: Francisco Javier Mina y los también generales Francisco Espoz y Mina y Juan Prim y Prats al segundo de ellos por escrito, en *La Ilustración Española y Americana* (Serrano 102-103). En los tres, Riva Palacio veía reflejadas algunas de sus propias características.

El ministro había partido hacia Madrid llevándose a Francisco A. de Icaza como segundo secretario de la Legación, lo que significó la entrada del poeta y futuro traductor de autores alemanes en el ámbito diplomático a los 23 años. En adelante, y gracias a logros personales, Icaza llegó a adquirir en tierras hispanas enorme prestigio como poeta, traductor y polemista y fue vicepresidente de la Sección de Literatura del Ateneo madrileño con el varias veces ministro Segismundo Moret —el mismo que invitaría en 1900 a Justo Sierra a dar una de sus conferencias en el Ateneo— y Menéndez y Pelayo como presidentes. Pedro Serrano describe así este momento del Ateneo:

En aquellos días el Ateneo gozaba de la mayor esplendor. Cajal, Canalejas, Joaquín Costa, Arturo Mérida y Jesús Monasterio eran los presidentes de secciones. Ya entonces Benavente compartía con Echegaray la tribuna de la “Cacharrería” [...]. Unamuno, Ortega y Gasset descubrían nuevos horizontes culturales (Serrano 70).¹⁴

En esta breve cita, en cierta forma anticipada años antes por Amado Nervo al decir de Echegaray: “vierte ideas múltiples en la Cacharrería del Ateneo” (Nervo 1180), se da un juego de

¹³ Reyes organizó un homenaje a Mallarmé y participó en otro dedicado al propio Riva Palacio; Nervo sería invitado a los de Larra y Rodó, e Icaza aportó dinero para el monumento a Valera.

¹⁴ Según Serrano, Manuel Azaña ya acudía a la biblioteca del Ateneo.

complicidades entre españoles y mexicanos, ya que, mientras el hermano del artista Arturo Mérida, el arqueólogo y escritor José Ramón, escribió a finales del siglo XIX sobre el México antiguo en *La España Moderna* y *La Ilustración Española y Americana*, Ortega, en los albores del XX, abrió las puertas de sus publicaciones a Alfonso Reyes, quien, en 1919, escribiría sobre Joaquín Costa en *El Sol*.

Vicente Riva Palacio permaneció en España, con breves intervalos pasados en México y Francia, los mismos diez años abarcados por el libro autobiográfico del padre Servando y los madrileños de Reyes. Festejó en Madrid y de manera fastuosa el cuarto centenario del descubrimiento de América. Pero sobre todo, como Juan de Dios Peza, Amado Nervo, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Alfonso Reyes o Martín Luis Guzmán, participó en la vida cultural hispana con tanta o más pasión que los nacidos en esa tierra. Y sobre todo, algo muy importante y que también es seña de identidad de las relaciones hispanomexicanas, al lado de ellos.

Mientras Alfonso Reyes llegó a ser secretario del Ateneo madrileño y su hermano Rodolfo presidió la sección de Ciencias Morales durante la II República (en 1931 o 32) Riva Palacio fue por un amplísimo margen de votos, presidente del Círculo de Bellas Artes (1894), una de las instituciones culturales de mayor prestigio hasta el estallido de la guerra. Él consiguió el local en el número 14 de la calle de Barquillo. Riva Palacio había sido ya vicepresidente de la Asociación de Escritores y Artistas en el año en que Valle-Inclán viajó por primera vez a México, 1892 (Riva Palacio 25-26). Publicó asimismo colaboraciones sobre tradiciones mexicanas en periódicos y revistas hispanos como *La Ilustración Española y Americana*, *La España Moderna* o *Madrid Cómicó* (A. Reyes 253).

Vicente Riva Palacio murió en Madrid el 22 de noviembre de 1896, mientras aparecía *Cuentos del general*, su último libro, escrito en su mayor parte dentro del contexto físico y vital de esos años, publicado por entregas en esta misma prensa española —lo que se nota en el tono y la brevedad de los cuentos— y luego recogido en volumen por Sucesores de Riva-

deneyra¹⁵ con ilustraciones del pintor del Círculo de Bellas Artes F. Mas.

Si bien, en sentido estricto, el primer exiliado hispano de la guerra civil fue Martín Luis Guzmán, el cuerpo de Vicente Riva Palacio sería el primer “cuerpo ilustre” que Lázaro Cárdenas hizo traer de España con todos los honores, cuarenta años después de fallecido el general. En el homenaje madrileño organizado en 1920 por el entonces embajador Juan Sánchez Azcona —cuyo padre había sido amigo del general—, que según el programa debía iniciarse ante la tumba de Riva Palacio del panteón de San Justo y Pastor y finalizaría en el Ateneo, se congregó una pequeña aunque justa representación de la intelectualidad mexicana radicada por entonces en España y de sus contactos con los intelectuales de esas tierras: Alfonso Reyes, Artemio de Valle Arizpe y Antonio Médez Bolio. También estuvo presente Héctor Casasús, hijo del poeta y diplomático Joaquín, a quien Manuel Machado había dedicado un poema. A pesar de los planes, la segunda parte del homenaje se canceló, según parece, por alguna dificultad de Francisco A. de Icaza. Esa noche iban a hablar sobre el general el propio Icaza y Enrique Díez-Canedo.

También, por iniciativa de Riva Palacio, desde 1878 Juan de Dios Peza había trabajado en la Legación de Madrid que presidía el general Corona, con el mismo nombramiento con que luego llegaría Icaza a España. La diferencia con respecto a este último es que Peza, como diplomático, era protegido de Riva Palacio en una época en que el general no parece haber significado aún problema para el régimen. Eusebio Blasco describió así la postura intelectual de Juan de Dios Peza en el Madrid finisecular:

Frecuentando los círculos literarios en perfecta y leal amistad con nuestros mejores poetas, extrañará acaso el clima frío y el

¹⁵ Hecho, este último, que junto con la cercanía a Emilio Castelar, en cierta forma lo unirá a Quevedo y Zubieta, al propio Icaza y, años después, como se verá más adelante, al otro gran interventor activo en las guerras mexicanas: Martín Luis Guzmán.

soberano de cabeza cana a quien tan magníficamente ha cantado; pero no echará de menos el cariño desinteresado que allí han de tenerle sus amigos, pues en Madrid, tanto si no más que ellos le queremos. Así comprendemos la misión de los diplomáticos: el señor Peza ha estrechado nuestras relaciones literarias con México, de un modo tan grande como firme, tan natural como inquebrantable (Peza 6).

Opiniones similares recibió Peza de Castelar o Campoamor. Porfirio Díaz se alegraba de que fuera su poesía la que diera a conocer la literatura mexicana en Europa, y Urbina señaló el gran aprecio con que se recibió su obra en España y, en general, en el viejo continente, a partir de traducciones al francés, inglés, alemán, italiano y húngaro.

Entre los escritores y políticos que conoció Peza en Madrid se encontraban los poetas Gaspar Núñez de Arce, ampliamente leído en México por entonces y más adelante amigo también de Riva Palacio e Icaza, y a quien Peza dedicaría, a su muerte, un emotivo discurso en el Ateneo Mexicano; Antonio Ros de Olano y Miguel de los Santos Álvarez, muy amigos a su vez de Espronceda y coparticipes, de alguna forma, en *Diablo Mundo*, y el polémico Antonio Fernández Grilo, protegido de Isabel II y Alfonso XII, admirado por Zorrilla y Castelar y colaborador, entre otros, de los diarios madrileños *El Contemporáneo* y *El Debate*. También fue amigo del propio Emilio Castelar; del autor del drama *Los amantes de Teruel* (1837), el erudito editor Juan Eugenio Hartzenbusch, y del humorista aragonés Eusebio Blanco, colaborador de *Gil Blas* y fundador junto con Dionisio Pérez del semanario *Vida Nueva*, espacio donde colaboró José Juan Tablada, Maeztu reseñó *Lejanías* de Icaza y Pi y Margall publicó una ficción sobre Cuauhtémoc y Cortés.

Tanto Blanco como Pérez gustaron, igual que Riva Palacio y Manuel Payno, del uso del seudónimo. El español de origen venezolano Antonio Ros de Olano,¹⁶ Campoamor, el poeta y

¹⁶ Marqués de la ciudad de Guad-el-Jelú, gracias a una de sus hazañas militares en África.

redactor de la publicación satírica *El Padre Cobos*, José Selgas, el dramaturgo, académico y presidente de las Cortes en 1878 Adelardo López de Ayala y el poeta y periodista sevillano Manuel Cañete fueron también amigos y admiradores del poeta Juan de Dios Peza. Sobre las similitudes entre el general Ros de Olano y Riva Palacio vale la pena citar estas palabras expresadas por el primero a Peza:

En las campañas que se sostienen con la espada y con la pluma, el cañoneo no es más que mucho ruido, y para conseguir el triunfo no hay que retroceder ni avanzar más de lo debido. A mí me ha mordido tanto la crítica, que ya se ha convertido en axioma el decir en Madrid que soy el mejor general entre los literatos y el mejor literato entre los generales. Pero ya estaba yo acostumbrado desde joven a todas estas sátiras [...] (Peza 332).

Este general se caracterizó también, como otro militar mexicano con el mismo rango exiliado años después en España, Manuel Mondragón, por un invento ampliamente reconocido y utilizado —aunque, desde luego, menos efectivo que el del mexicano—: el cubrecabezas o tocado Ros que llevaba el ejército español.

En el mencionado discurso con el que Peza, ya de vuelta en su país y como presidente del Ateneo fundado por Riva Palacio, rendía homenaje a Núñez de Arce, quien había avalado la publicación de su antología *La lírica mexicana* en 1879, Peza hacía un breve retrato del Madrid que conoció al llegar un año antes:

Es preciso haber vivido en tierra española para comprender y estimar bien cómo se nos trata y se nos recibe en ella. El mexicano que llega a España, pobre o rico, ignorante o sabio, joven o viejo, pero con el pasaporte de una buena conducta, encuentra en la sociedad culta e incomparable de Madrid cuanto puede ambicionarse para vivir satisfecho [...] Allí se nos recibe, se nos quiere, y se nos trata con el cariño tierno con que el abuelo recibe, quiere y trata en su hogar al nieto ya independiente,

aunque se haya desarrollado en distinto y lejano medio, y no hay Academia, Liceo, Sociedad, Colegio ni estrado que deje de abrir sus puertas para que entre por ellas el hijo de esta República [...] (Peza 82-83).

Lo más interesante de este fragmento del discurso de 1903, en el que aún se descubre en Peza un enfoque de hispanismo tradicional, según el cual que España sigue siendo, si no ya la Madre Patria, sí una suerte de pariente mayor frente a las repúblicas americanas, es que en él se comprueba que al menos desde el último cuarto del siglo XIX, aún antes de que personalidades que, siendo ya ampliamente conocidas en el ámbito hispanoamericano, tuvieran presencia física en España, como Riva Palacio, Nervo, González Martínez o Torres Bodet, las puertas de las academias, liceos, sociedades y colegios estuvieron abiertas a las opiniones de los mexicanos. Esto se haría extensivo, desde luego, a determinadas publicaciones de fin de siglo, sobre todo a las de corte hispanoamericanista como las mencionadas *La España Moderna* y *La Ilustración Española y Americana*, donde Peza publicó algunos años después y donde se daría noticia de su muerte en 1910. Otro hecho se desprende de la cercanía de Juan de Dios Peza con Núñez de Arce, y es que con el primero se inicia la costumbre de dar a conocer en España a los autores mexicanos, algunos de los cuales continuarían después publicando en medios impresos españoles o dando a conocer sus libros en la Península a través de reseñas. En carta que Peza incluyó en una de sus obras, el poeta vallisoletano escribía:

Merced a usted, España podrá gozar de las poéticas creaciones del apasionado y correctísimo Altamirano, del brillante y clásico Carpio, del sentido y profundo Acuña, tan prematura y desastrosamente robado a su propia gloria; del exuberante y grandilocuente Justo Sierra, del melancólico Híjar y Haro, del desgraciado Covarrubias, el poeta mártir, del descriptivo e intencionado Riva Palacio, y de tantos otros de relevantes méritos como campeon y resplandecen en la excelente colección que usted ha formado [...] (Peza 85-86).

Altamirano, Acuña, Sierra y Riva Palacio serían apellidos frecuentemente citados en *La España Moderna* o en *La Ilustración Española y Americana*, donde, como ya se dijo, también colaboró Peza. Es muy probable que haya sido gracias a él que llegaban algunos de los libros de estos autores a las redacciones o que Peza pusiera en contacto a autores y redactores. Lo que es seguro es que *La lírica mexicana* ayudó a abrirle paso a los mexicanos en una España sensible ante la literatura de esa nación.

Pero en la carta de Núñez de Arce se menciona el nombre de otro amigo de ambos y de Justo Sierra que también gozó de algún espacio en *La España Moderna*: Enrique de Olavarría y Ferrari, novelista madrileño trasladado a México en 1865 que entre otras cosas escribió un drama junto con Justo Sierra lo mismo que el tomo IV, *México independiente, de México a través de los siglos*. Además, como periodista colaboró en el enorme proyecto de Altamirano, *El Renacimiento*, y, de vuelta en España, fue corresponsal del diario mexicano *El Socialista*. Olavarría, liberal a la mexicana como los contemporáneos españoles de este país con los que más se identificó, escribió sobre el país americano con la misma pasión desbordada que años después inundaría, desde España, a Enrique Díez-Canedo y, desde México, a José Moreno Villa. Olavarría y Ferrari fue, como lo serían Alfonso Reyes y los españoles antes mencionados, uno de los mayores puentes culturales entre estas dos orillas de nuestra lengua.

Según testificó Juan de Dios Peza, Núñez de Arce hizo pública su admiración por las obras de los mexicanos García Icazbalceta, Orozco y Berra, Chavero y de la Peña dentro de los salones de la Academia de la Lengua. El poeta español mantuvo lazos de amistad, como ya se dijo, con Riva Palacio e Icaza, pero también con Justo Sierra, Híjar y Haro, Corona y Francisco Sosa, el biógrafo, poeta e historiador campechano, que en su figura resume muchas de las características de esa generación mexicana: fue liberal conspirador contra Lerdo de Tejada, por lo que sería encarcelado, como Servando Teresa de Mier, en San Juan de Ulúa; colaboró en *El Renacimiento* y en

muchos periódicos más; fundó con Riva Palacio *El Radical*; se anticipó a Icaza en la edición de la *Historia antigua de México*, de Manuel Orozco y Berra, y asistió en Madrid, como Del Paso y Troncoso y Francisco Plancarte, a los festejos del cuarto centenario del descubrimiento de América. Sosa, García Icazbalceta y Rafael Ángel de la Peña fueron además nombres cotidianos en la multicitada *La España Moderna*.

Otro lector atento e informado de las obras de estos y otros intelectuales mexicanos fue el dramaturgo, académico y director hasta su muerte de la Biblioteca Nacional de España [*de Madrid*] Manuel Tamayo y Baus, quien, como Riva Palacio, gustaba de firmar sus libros con seudónimo y escribió varios dramas junto con Cañete y Fernández Guerra. Durante una primera vista de Peza al despacho de Tamayo y Baus en la Academia Española,¹⁷ en 1878, este madrileño ampliamente conocido en México por su obra *Un drama nuevo* (1867) —libro sobre el que había escrito Altamirano en *El Siglo*— se expresó de esta manera: “Conozco bien lo que México vale, pues he leído las obras de don Joaquín García Icazbalceta, de Don Rafael Ángel de la Peña, de don Alfredo Chavero y de otros tan reputados como ellos” (Peza 295-296).

Cabe agregar que, como en el caso de los autores antes referidos, en *La España Moderna* se habló también de autoras mexicanas. En su “Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX”, publicado dentro de *La España Moderna* en el año de los festejos del cuarto centenario, el bibliógrafo gaditano y autor de piezas infantiles Manuel Ossorio y Bernard incluyó las fichas biobibliográficas de Dolores Guerrero, Mercedes Salazar de Cámara, Esther Tapia de Castellanos e Isabel Prieto de Landázuri.¹⁸ Esta última, como el reflejo invertido de los dos ministros mexicanos de Sagasta, había nacido casualmente en Alcázar de San Juan, provincia de Ciudad Real, se-

¹⁷ Con dirección aún en el número 25 de la galdosiana calle de Valverde, muy cerca de la casona de la calle de la Madera donde Luis Ruiz Contreras echaría a andar en 1899 su *Revista Nueva*, trinchera de Nervo, Icaza y Urbina.

¹⁸ Sobre la poeta Isabel Prieto también escribió Alfonso Reyes (256).

gún comentaba Juan de Dios Peza en un ensayo dedicado a La Mancha. A Sor Juana, Ossorio la mencionaba dentro del prólogo al diccionario dedicado a las autoras peninsulares, y su nombre, obviamente, figuró también en otros espacios de la publicación.

Juan de Dios Peza, como Alfonso Reyes, escribió muchas páginas de prosa y poesía dedicadas a España, a sus pueblos y ciudades, y de desde su país, a partir de 1900, la recordó siempre. Pero también dedicó artículos y conferencias a muchos de los personajes hispanos del momento. Algunos llegarían a ser en poco tiempo, como se ha indicado, amigos íntimos suyos o de otros mexicanos. Entre estos últimos se contaron Aureliano Fernández Guerra y Orbe, granadino editor de las prosas de Quevedo y coautor de la *Historia general de España*;¹⁹ Gaspar Núñez de Arce; Manuel Cañete; Antonio Fernández Grilo; el sarcástico folletinista Manuel Fernández y González, a quien trataba, ya viejo y pobre, en el café de las Columnas; el poeta santanderino Luis Barreda; el famosísimo violinista pamplonés Pablo Sarasate, junto al que Peza recibió un reconocimiento en México y que estuviera en algún momento pensionado por la condesa de Espoz y Mina, y un personaje que tendría que ver de manera indirecta con la Revolución Mexicana y con otro escritor mexicano, Martín Luis Guzmán. Me refiero al científico y poeta Tomás Gutiérrez Perrín, alumno de Santiago Ramón y Cajal, emigrado a México en 1907. Su casi homónimo y quizá descendiente, Tomás Perrín, representaría en 1960 el papel de Axkaná González en la película de Julio Bracho inspirada en *La sombra del caudillo*, de Guzmán.

Mención aparte merece el dramaturgo y poeta Antonio García Gutiérrez, a quien Peza trató siendo ya el primero director del Museo Arqueológico de Madrid. García Gutiérrez vivió varios años en México como cónsul de España en Yucatán durante la primera mitad del siglo XIX y, al igual que Clavijero, en algún momento estuvo, incluso, a punto de morir en un naufr-

¹⁹ Luis, hermano del anterior, escribiría un libro importante sobre Juan Ruiz de Alarcón.

gio. Además, en consonancia con varios de los escritores liberales mexicanos que participaron en las luchas contra la intervención francesa y de la Reforma, en 1847, cuando estalló la guerra contra los Estados Unidos y la consiguiente invasión, García Gutiérrez escribió *El duende de Valladolid*, drama de "Hernán Cortés o la conquista de la Nueva España", poema publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, fundado por otro conocido de Peza, Ramón de Mesonero Romanos, (Peza 336, 339), y donde también publicó artículos el historiador y arqueólogo José Amador de los Ríos, tío de Blanca de los Ríos de Lampérez, reseñista de Icaza y amiga de Carlos Pereyra. García Gutiérrez recuerda el caso de Mina y anticipa el del contingente de cadetes mexicanos que lucharía por la España republicana durante la guerra civil. Peza escribió también sobre la vida y obra de José de Espronceda y Mesonero Romanos. Al primero, en una actitud romántica, apenas tocó suelo español le llevó siemprevivas al panteón, ahí conoció por casualidad, poco antes de que éste muriera, al poeta extremeño Antonio Hurtado, "que ya estaba con la razón extraviada, que hablaba con seres invisibles y gustaba de andar entre tumbas" (Peza 346). De Mesonero, en cuyos libros el poeta mexicano aprendió a reconocer y amar muchos rincones del Madrid histórico y literario, Peza hizo el siguiente retrato del natural:

Cuando conocí al Curioso Parlante ya era el sesentón que deleitaba con sus *Memorias* a los lectores de *La Ilustración Española y Americana*. De baja estatura, grueso, de rostro ancho y mofletudo, con gafas de oro, siempre caladas, de nariz tosca y chata, de ojos pequeños pero expresivos, de semblante bonachón y risueño, vistiendo invariablemente larga levita color de café, con cuello de terciopelo, era el reflejo de una época, y se sentía al verlo el respeto que inspira lo pasado (Peza 339).

En su tumba del Panteón Español de México la colonia hispana le edificó a Juan de Dios Peza un monumento, como se le había edificado a Riva Palacio en Madrid. Juan de Dios Peza murió el año de 1910 en que estalló la Revolución, se consolidó la Generación del Centenario y nacieron varios de los pro-

yectos culturales que, respaldados originalmente por la Junta de Ampliación de Estudios de España, vendrían a culminar en México con el exilio republicano.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- GUZMÁN, MARTÍN LUIS. *Obras completas*. Vol. 2. México: FCE, 1985.
 ——. "Martín Luis Guzmán." Entrevista inédita de Eduardo Blanquel.
- ICAZA, FRANCISCO A. DE. *Obras*. Vol. 1 Letras mexicanas. México: FCE, 1980.
- "IOB". "Revista Hispanoamericana." *La España Moderna* 13. 149, mayo 1901: 177-178.
- "Libros y revistas." Madrid: *El Sol*. 3, 485 (3 abr. 1919): 8.
- MURÍA, JOSÉ MARÍA. "España y México hace cien años." *Unomásuno* 15 nov. 1990: 30.
- NERVO, AMADO. *Obras completas*. Vol. 1. Colección Grandes Clásicos. Madrid: Aguilar, 1991.
- PEÑA GONZÁLEZ, JOSÉ. *Manuel Azaña. El hombre, el intelectual y el político*. Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 1991.
- PEZA, JUAN DE DIOS. *Recuerdos de España*. México: E. Gómez de la Puente, 1992.
- QUEVEDO Y ZUBIETA, SALVADOR. *Manuel González y su gobierno en México*. Madrid: Espasa-Calpe, 1928.
- REYES, ALFONSO. *Obras completas*. Vol. 1. México: FCE, 1976.
- REYES, RODOLFO. *De mi vida, Memorias políticas, 1899-1913*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1929.
- RIVA PALACIO, VICENTE. *Cuentos del general*. Pról. Clementina Díaz y de Ovando. Sepan Cuántos, 101. México: Porrúa, 1986.
- SÁENZ, GERARDO. *Luis G. Urbina. Vida y obra*. México: Ediciones de Andrea/ University of Texas, 1961.
- SERRANO, PEDRO. *Siluetas del general*. México: s/e, 1934.
- VEGA GONZÁLEZ, ROBERTO. *Cadetes mexicanos en la guerra de España*. México: Compañía General de Ediciones, 1954.